

libro al ministro inferior ó diácono, cuyas funciones, indudablemente, no tenían semejanza alguna con las de los siete diáconos instituidos por los apóstoles en la iglesia de Jerusalén. *Act.*, vi, 5.

Finalmente, había en la sinagoga un intérprete, cuyo oficio consistía en traducir al caldeo, ó mas bien al siro-caldeo, lo que se había leído al pueblo en hebreo; por consiguiente era necesario que aquel hombre supiese con perfección ambos idiomas. Sin embargo, el Evangelio no hace mención de estos intérpretes, y es increíble que entre los judíos hubiese el número suficiente de estos hombres instruidos, para proveer á todas las sinagogas. Como no consta que en tiempo de nuestro Salvador estuviera ya hecha la Paráfrasis caldea de Onkelos, que es la mas antigua, no sabemos si aquel divino Maestro leyó en Nazareth el texto del profeta Isaías en hebreo ó si leyéndolo, lo traducía al dialecto de Jerusalén, mezcla de hebreo, siríaco y caldeo. V. PARÁFRASIS.

También se cree que antes de concluir la asamblea, el sacerdote que la presidía, ó en su defecto el ministro, daba la bendición al pueblo, y que para esto había un formulario particular, que nadie sabe si era el que compuso Moisés cuando bendijo á los israelitas antes de su muerte, *Deut.*, cap. 33, ó si era otro. Lo único que consta como cierto es que los judíos en su servicio actual, se separan en muchos puntos del plan que acabamos de trazar, pero aun esto no es mas que un montón de conjeturas destituidas de toda prueba positiva.

Al ver la seguridad que los hebraizantes protestantes dan á las tradiciones de los rabinos, y el tono de certeza con que de ellas hablan, causa asombro la incredulidad y desprecio con que miran todas las tradiciones de la Iglesia cristiana. ¿Los judíos son por ventura sabios mas instruidos, mas sensatos y dignos de fe, que los PP. de la Iglesia?

Sinecto. Véase SINELO.

Sinistros ó Izquierdos. Véase SARATIANOS.

☞ **Sinodo.** El término de *sinodo* se aplica á toda clase de concilios. Pero no lo tomamos aquí mas que por la reunión diocesana, donde se presentan todos los curas de la diócesis, por convocación de su obispo, para hacer algunos reglamentos ó algaras correcciones sobre la disciplina y la pureza de las costumbres; esto es lo que se llama *concilio diocesano*, pero en el día mas comunmente *sinodo*.

Antiguamente los *sinodos* ó concilios dio-

cesanos se tenían frecuentemente y casi lo mismo que los concilios provinciales, cuando los negocios lo requerían (*Dist.* 18, *per totum*). No había para esto tiempo determinado; se convocaron despues dos veces al año, hasta en tiempo del concilio de Letran bajo Inocencio III, que ordenó, *in c. sicut olim de Accus.*, convocar todos los años los *sinodos* diocesanos de la misma manera que los *sinodos* provinciales. El concilio de Basilea, sesión XXV, ordenó celebrarlos dos veces al año. Sobre lo cual el concilio de Trento, sesión XXIV (*de Reform.*, c. 2), ha hecho el reglamento siguiente:

« Los *sinodos* de cada diócesis se celebrarán tambien todos los años, y estarán obligados á presentarse en ellos, aun los exentos, que sin sus exenciones deberían asistir; y que no están sometidos á los capitulos generales: bien entendido, sin embargo, que es en razon de las Iglesias parroquiales ó otras seculares, aunque anejas, por lo que todos los que están encargados de ellas, cualesquiera que sean, están obligados á hallarse en el *sinodo*. Que si los metropolitanos ó los obispos, ó alguno de los demás mencionados antes, se hacen negligentes en lo que está prescrito, incurrirán en las penas establecidas por los sagrados cánones. »

Los curas son, pues, los únicos que están obligados á ir al *sinodo*; á menos, como dice Panormo *in c. Quod super de major, et obed.*, que el obispo no quisiese proveer á la reforma general de las costumbres, ó sobre otros objetos que interesen á todo el clero en general. *Tunc omnes venire tenentur iuxta tamen quod non subtrahere divinum officium (fn. dist. 18); omnes etiam tenentur servare statuta synodalia (C. 1, c. fn. de Constit., in 6°)*. Benedicto XIV ha compuesto un tratado muy detallado y muy sabio, en el que no ha omitido nada de todo lo que puede concurrir á las materias de los *sinodos* diocesanos y á la manera de celebrarlos. Este tratado que tiene por título *De synodo diocesana*, se encuentra en el Curso completo de *teología* publicado por el abate M. Migne, tom. XXXV.

Los obispos hacen aprobar algunas veces en sus *sinodos*, pero muy rara vez, segun nosotros, las reglas de conducta y de disciplina eclesiástica que quieren proponer á aquellos cuya direccion les ha confiado la Iglesia. Esta aprobacion general del clero, dice d'Hericourt (*Leyes eclesiásticas, parte 1ª*), les concede mas fuerza y mas autoridad, añadidas, y mas estabilidad, pues no están ordinariamente en vigor mas que durante el reinado del obispo que las ha hecho, y hemos

visto en una diócesis en menos de veinte años, cuatro disposiciones diocesanas diferentes. Es esto un inconveniente que lleva algunas veces á los sacerdotes á no dar importancia alguna á estas especies de ordenanzas, sin embargo que obligan en conciencia, pues los obispos tienen derecho de hacer ordenanzas para la policia eclesiástica de su diócesis, fuera de las reuniones sinodales y sin el concurso de su clero; deben ser seguidas como leyes, aun despues de la muerte del obispo que las ha hecho, á menos que no hayan sido revocadas por alguno de sus sucesores (Thomasin, *Disciplina de la Iglesia, parte 4ª, l. 1, c. 84 y 85*). Es cierto que los *sinodos* no son absolutamente necesarios, dice el cardenal de la Luzerna, que no son necesarios en este sentido, que segun la institución de Jesucristo, las diócesis no podrían ser regular y legítimamente gobernadas por la reunión de los obispos y de los sacerdotes. Pero los *sinodos* son infinitamente útiles para el buen gobierno de las diócesis, para la conservación y acrecentamiento del bien y para la reforma del mal. En razon de los grandes objetos de utilidad que presenta el *sinodo*, la Iglesia ha impuesto á los obispos la obligacion de celebrarlo: y en este sentido es como puede decirse que es necesario. Mas ordenando á los obispos celebrar sus *sinodos*, la Iglesia no les ha mandado arreglar todos los negocios de sus diócesis en el *sinodo*: notes ha prohibido hacer fuera del *sinodo* reglamentos y aun disposiciones generales. Estas disposiciones tomadas por el obispo solo no son menos obligatorias en su principio que los estatutos que hace en *sinodo*. Mas los *estatutos sinodales que concilian mas confianza y respeto, tienen un efecto mas cierto y una obediencia mas pronta y mas fácil* (Derechos y deberes de los obispos y de los sacerdotes, *edit. Migne, col. 1446*).

Sobrenatural. Atendido el valor de esta palabra, significa lo que es superior á la naturaleza; mas esta palabra *naturales* se toma en muchos sentidos diferentes, como ya lo observamos en su lugar.

Parece que *sobrenatural* se dice relativamente á tres objetos: 1º á nuestros conocimientos; 2º á nuestras fuerzas físicas y morales; 3º á nuestro último fin. Por lo tanto decimos que la revelacion es una luz *sobrenatural*, porque nos hace conocer y nos enseña verdades que el hombre nunca hubiera comprendido con su luz natural, y así lo vemos en los pueblos privados de aquella luz, que antes los iluminaba, y tambien en

los filósofos ó hombres que cultivaron su razon con mas cuidado. Un milagro es una operacion *sobrenatural*, porque es superior á las fuerzas humanas. La bienaventuranza que esperamos es *sobrenatural*, porque Dios pudo destinar al hombre á una felicidad menos perfecta, ó porque la perdimos por el pecado de Adán, habiéndonos conseguido la redencion, el poder, los medios y la esperanza de llegar á ella.

El auxilio de la gracia actual que nos concede Dios para hacer buenas obras es *sobrenatural* en estos tres sentidos; es una luz en el entendimiento, que no tendríamos por nosotros mismos, que nos enseña los motivos que la razon no puede por sí sola sugerir; es un movimiento en la voluntad que no resiste las fuerzas perdidas por el pecado, y superiores á las del libre albedrío, cuyo auxilio muy lejos de debérsenos como unido á la creacion es el precio de los méritos de Jesucristo, y nos hace obrar para ganar una felicidad eterna. Por consiguiente las acciones obradas con este auxilio son *sobrenaturales*, y tambien la gracia santificante, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, etc. V. GRACIA.

La fe es, pues, una virtud *sobrenatural*, que supone no solamente la revelacion, sino tambien una gracia actual interior, que nos dispone á creer, que nos hace dirigir nuestras miras á una bienaventuranza *sobrenatural* á la que debemos aspirar. La esperanza, la caridad y las demás virtudes cristianas son de la misma especie; hay muchas de las que los paganos no solamente no tuvieron idea, sino que los parecían defectos.

Todo lo que es milagroso es *sobrenatural*, pero no todo lo *sobrenatural* es milagroso; la justificacion del pecador es un efecto *sobrenatural* de la gracia, pero no es un milagro, porque se obra por el orden comun y diario de la Providencia. En la conducta de esta Providencia divina distinguimos el orden natural establecido por la creacion y que no tiene relacion alguna directa con nuestro último fin, y el orden *sobrenatural*, es decir, los designios de Dios y los medios por que dirige á los hombres á la salvacion eterna; este último orden es una consecuencia de la redencion.

Aunque la Escritura Santa no contiene la palabra *sobrenatural*, vemos en la misma su sentido; lo que no proviene de la carne ni de la sangre, lo que no es del hombre ni segun el hombre, lo que es gracia lo que proviene de Dios y de Jesucristo, etc., esto es lo mismo que *sobrenatural*. V. NATURALEZA Y ESTADO DE NATURALEZA.

* Se siente inevitablemente, dice M. Ravignan (conferencia sobre el orden sobrenatural), que el hombre necesita soluciones superiores á su naturaleza y á su razón: la filosofía, la ciencia, procuraron y aun hoy procuran encontrarlas, y al cabo de seis mil años no han logrado mas que la desesperación ó la duda acerca de los hechos interiores de la conciencia, sobre las relaciones del alma con Dios, sobre el fin último; no se quiere unir á la debilidad impotente de la razón la fe necesaria y revelada que por sí sola todo lo resolvió completó. El extraño desorden del mundo moral y del corazón humano, como tambien los hechos extraordinarios, que acompañaron al nacimiento del cristianismo para regenerar la humanidad, prueban evidentemente la necesidad y presencia dentro de nosotros de una acción divina sobrenatural; no se quiere mas que la naturaleza, y con ella se penetra en espesas nieblas y en un caos espantoso.

» Solamente la religion católica ilumina, coordina y completa pacíficamente al hombre insoluble é incompleto sin ella; este resultado pues no se debe mas que á la misma fe de lo sobrenatural. Véase por qué tratamos de ella.

» I. *Noción de lo sobrenatural.* La natural es la propiedad esencial y necesaria de una naturaleza creada ó posible, ó bien lo que de ella se deriva inmediatamente; lo que, por consiguiente, le pertenece y se le debe para constituir su verdadero ser, primitivo y completo. Lo que llamamos natural, en este sentido, se opone á lo sobrenatural de lo que vamos á ocuparnos.

» Lo sobrenatural es lo que excede las fuerzas y condiciones de todas las naturalezas creadas aun posibles, porque una naturaleza sobrenatural se concibe, repugnaría atendida la significación de ambas voces; y Dios no indudablemente con respecto á sí mismo, pero sí con respecto á todas las criaturas, puede ser el único llamado Ser sustancialmente sobrenatural, como la escuela le llama algunas veces, porque solo él excede infinitamente á todas las naturalezas criadas ó posibles. Tal es pues la idea principal de lo sobrenatural, que una sana filosofía debe admitir, conociendo en efecto, que ningún poder es capaz de encadenar la libertad divina ó prohibir derrame sobre su criatura dones superabundantes, que la naturaleza no tiene derecho alguno á reclamar.

» Pero esta idea filosófica por sí sola es incompleta y negativa: pues se limita á considerar superficialmente las naturalezas crea-

das ó posibles, desconociendo la existencia íntima de la sobrenatural, que solamente pueden descubrirnos la fe y la teología. ¿Qué es, pues, lo sobrenatural en el sentido teológico?

» Es primero, como lo enseña la misma filosofía, aquel valor supereminente, que excede las fuerzas y exigencias de todas las naturalezas criadas ó posibles; es, además, una relación especial de Dios como autor de la gracia y de la gloria, relación que consiste en cierta unión íntima y maravillosa con Dios como es en sí mismo, y no solamente como podemos concebirlo con la razón natural.

» Esta unión con Dios tiene por último efecto, siguiendo la fe, elevar y perfeccionar excelentemente, sobre la naturaleza, las facultades de la misma naturaleza beatificándola; unión consumada y perfecta en la visión intuitiva despues de la vida; unión comenzada aunque verdadera y real, en los dones de la gracia concedidos al hombre acá en la tierra.

» Estas nociones precisas de lo sobrenatural satisfacen ya las principales objeciones propuestas contra este orden de conocimientos.

» Ahora pues, ¿no tengo derecho á preguntar si siempre se ha procurado conocer lo que se combatía, si al impugnar lo sobrenatural, se dirigía la impugnación á su idea precisa, á esa relación íntima del alma con el mismo ser divino? ¿Cuántas veces aun hoy entre nosotros se ultraja lo que se ignora, y cuántas conjeturas y errores se recomiendan contra la fe por la ignorancia y las mas falsas preocupaciones!

» Hay tambien no sé qué menosprecio y repugnancia injuriosos, hácia la ciencia positiva y teológica del cristianismo. ¿Y por qué? ¿Se teme, al estudiar la fe en su origen augusto y venerable, colocar límites muy estrechos al vuelo de la investigación y del genio? Pues esta fe es la que abre los campos de lo sobrenatural y delo posible mas allá de todos los límites de la naturaleza, fe con cuya luz solamente recorremos con valor los mundos invisibles, y lo investigamos todo, aun los secretos de Dios; fe que ella sola nos hace aspirar á la visión de Dios como es en sí mismo.

» Lo confesará francamente: la filosofía sin la fe, aunque se la arreguen los dones mas preciosos de la ciencia y del genio, no es para mí mas que una tierra despreciable, oscura, fría y estéril; la fe me eleva y conduce á los esplendores de los cielos.

» Todo entonces se abre ante mí, y no puedo medir y comprender lo infinito; pero al me-

nos puedo acercarme á ello sin temer, contemplar mejor sus inefables bienaventuranzas, y lanzarme, apoyado en una gracia infalible, á las regiones de la verdad, de la gloria y de la perfección divinas.»

II. Preocupaciones contra lo sobrenatural.

La primera es el *naturalismo* profesado por los *derechos de la razón*. ¡Pero acaso destruimos la razón admitiendo lo sobrenatural enseñado por la fe!

» Reduciendo la cuestión á sus términos mas sencillos, y fieles á la doctrina tradicional y comun de los PP. y teólogos católicos, decimos tambien lo que digeron siempre mucho antes y despues de Descartes: «Una cosa, aunque sobrenatural, puede con la ayuda del raciocinio y de las luces naturales, llegar á ser evidentemente creible por los milagros ó por otros medios sensibles; porque la credibilidad, (que no es la fe) proviene de un medio ó señal exterior que puede ser evidente y naturalmente conocido.» Estas son las propias palabras de Suarez, en su Tratado de la Fe: reproducen poco mas ó menos las de Sto. Tomás sobre la misma materia.

La segunda preocupacion es la brillante, pero estéril fantástica utopia del *progreso de la humanidad*.

» El progreso dedica á la humanidad su culto y sus homenajes. La humanidad sería, pues, el término mágico que en adelante ocuparía el lugar de toda verdad de hecho, de razón y de fe. Se dice: La humanidad es el ser colectivo, la verdadera inmortalidad: se reproduce, avanza siempre, y de este modo realiza progresivamente la perfección sin dejar de proseguir. Tiene perpetuidad é identidad, al mismo tiempo que progreso. No se quiere que todo esto contenga ni una palabra de panteísmo, en horabuena; ¿pues qué será? ¿Es religion, historia, filosofía?

» Al pie de cada página escrita por estos desgraciados, escribid: Aserción gratuita, alegato sin prueba. A cada palabra responded con valor: No. Os aseguro que lo habeis destruído todo con razones al menos iguales, porque no teneis delante doctrina alguna que sea ni un poco lógica, ningun hecho apoyado; ¿Qué necesidad hay de responder entonces? Respondemos, sin embargo: Los hechos y la lógica se oponen diametralmente á la teoría del progreso continuo, producto, fantástico de cerebros trastornados y de corazones enfermos, á los que compadezco sinceramente.

» En el lenguaje de la historia hubo progreso por espacio de cuatro mil años en el seno de la humanidad por las extravagancias vergonzosas del politeísmo que sustituyó al monoteísmo primitivo? ¿Hubo progreso cuando fué necesario sepultar en algunos raros puntos del globo un resto de creencia en la unidad divina, en la sombra de aquellos misterios ocultos al comun de los hombres y en la doctrina de los filósofos, sin contar aun las amargas contradicciones é innumerables aberraciones de aquella enferma filosofía? ¿Esto, pues, era progreso? ¿No era mas bien la degradación sufrida hasta en lo profundo del abismo?

» ¿Cómo, pues, se nos quiere presentar á saugre fría el progreso indefinido como la ley universal y absoluta? ¿Significan las palabras lo contrario de las cosas? Si, con frecuencia en este siglo.

» El cristianismo fué un progreso; ¡ah, sí! ¿Mas cual fué? La destrucción mas singular de todas las ideas, de todas las opiniones recibidas; fue el combate mas encarnizado contra todas las influencias filosóficas, no menos que contra todas las preocupaciones populares, contra todas las tradiciones predilectas de gloria, de patria, de familia y de placer; esta fué la locura de la cruz victoriosa en manos de los bateleros galileos. ¿Cae el progreso del cristianismo.»

III. El destino del hombre es sobrenatural.

» El hombre se siente arrastrado energicamente por su ser hácia una felicidad perfecta que anhela sin cesar, y no espera acá en la tierra. (Se dirá que es arrastrado á lo imposible necesariamente y siempre? ¿Qué es una inclinación sin objeto, una necesidad sin realización posible? En este caso carece de razón suficiente el fenómeno moral, mas constante, el mas inevitable, cual es la tendencia hácia la bienaventuranza. Llamado el hombre á la felicidad suprema y perfecta, debe poder poseerla; y con todo, está privado de ella desde el primer instante y para toda la duración de su existencia.

» Este destino, tan fuerte y tan poderoso como el bien supremo por término necesario, no puede ser evidentemente mas que la obra del mismo ser superior á todo, que puede y quiere comunicar al hombre este bien que le beatifica. Fijar el destino humano es ciertamente el acto omnipotente del Señor; realizarlo en su cumplimiento último, no puede tampoco ser mas que el efecto de la Omnipotencia. Verdad es que debemos esperar, com-

batir, vencer, conquistar; mas qué podremos conquistar, si Dios, en fin, no hubiese decretado darnos el bien supremo y perfecto en el término de la carrera; y qué es este bien supremo y perfecto, sino el mismo Dios, único que, dándose al hombre, puede beatificarlo?

» De manera que la necesidad de la bienaventuranza, tal como nuestro estado presente la lleva consigo, bastaría para demostrar lógicamente, sin necesidad de otra prueba, la existencia de Dios y la union divina destinada al hombre.

» Luego Dios existe, y el hombre se hizo por Dios para ser feliz por la comunicacion misma del bien divino.

» En vano se cansará el hombre en buscar en otro que en Dios aquella bienaventuranza perfecta: necesita un bien, mas allá del cual no hay otro, un bien sin mezcla de negacion y de nada, un bien que no deje claramente la carrera abierta á nuestros vastos deseos.

» Esta necesidad perpetua, este vacío inmenso de felicidad descubre en el hombre un ser aun incompleto, que reclama su perfeccion; pero solamente Dios es en sí mismo la perfeccion del ser; el hombre, pues, no puede recibir la bienaventuranza, la perfeccion y plenitud del ser mas que de Dios solo.

» Así es que una filosofía enteramente humana, que pretende aislar al hombre de Dios, rompe y mutila la verdad, troza y divide la naturaleza, presenta un hecho, un miembro separado, olvida el augusto conjunto de la obra maestra de la creacion y de los designios de su autor.

» La felicidad perfecta del hombre, su destino verdadero, el ver al mismo Dios cara á cara, ser igual á los ángeles, que ven siempre la cara de Dios en el cielo, *« quales angelis sunt, Luc., xx, 36; angeli semper vident faciem Patris mei, qui in caelis est, Mat., xviii, 10; conocer á Dios como él nos conoce, hinc autem cognoscant sicut et cognitas sum, I Corint., xii, 12; llegar á unirse tan estrechamente á él, que le seamos semejantes y nos identifiquemos en alguna manera con él, viéndolo como es; similes ei erimus, quantum videbimus eum sicuti est, I Joan., iii, 2. Tal es la doctrina de la Iglesia, talos las palabras de los apóstoles y del mismo Salvador; hé aquí lo que todo el cristianismo cree y enseña; hé aquí lo que atestigua la tradicion de diez y ocho siglos. Hecho inmenso, concierto unánime de los héroes, de los pontífices y doctores cristianos.*

» S. Ireneo, en el siglo II, decía entre otros:

» Ver la luzes estar en la luz y sentirse penetrado enteramente de su claridad; así los que ven á Dios están dentro del mismo Dios y penetrados enteramente de sus claridades infinitas: este resplandor divino es la misma vida divina que se goza viendo á Dios.»

» S. Agustín, en su carta 148, n. 7, cita las mismas palabras de S. Jerónimo y se las apropia como las de un amigo en estos términos: « El hombre no puede ver ahora al mismo Dios. Los ángeles mas pequeños en la Iglesia ven siempre la cara de Dios: ahora lo vemos en imagen y en enigma; pero entonces lo veremos cara á cara, cuando de hombres que somos lleguemos á ser ángeles.»

» No ció mas que el genio tan ardientemente unido, bajo el sol de la gracia, á todos los pensamientos de la fe y á todas las esperanzas del cielo. S. Juan Crisóstomo, quien dirigiéndose á Seodoro caido, le decía: « Qué sucederá cuando se presente la verdad misma de las cosas, cuando en medio de su palacio abierto se permita ver al mismo rey, no ya en la sombra y en el enigma, sino cara á cara; no ya por la fe, sino por la vision y en la misma realidad?»

» De este modo los PP. distinguan plenamente la vision de los cielos de la luz de la fe; la realidad manifestada en el cielo de las sombras de la tierra. En esta vida creemos, veremos un dia; y todas estas palabras sagradas del lenguaje revelado, impresas fielmente en la tradicion, mantuvieron constantemente los entendimientos y corazones en la fe y esperanza de una vision futura y perfecta de la misma esencia divina.

» La Iglesia también, en el concilio ecuménico de Florencia, sesion 26, en el decreto de union con los griegos definió terminantemente que despues de la vida, las almas enteramente purificadas son inmediatamente recibidas en el cielo y ven claramente al mismo Dios, la Trinidad y la Unidad. Benedicto XII en el siglo XIV lo definió igualmente. Siempre se creyó lo mismo.

» Tal es, pues, la fe invariable de la Iglesia; el hombre tiene por destino y último fin la vision intuitiva de Dios despues de la vida.

» Este destino del hombre, esta vision de Dios reservada al justo es sobrenatural, pues la da Dios y no la debe. La naturaleza no puede alcanzarla con sus propias fuerzas; necesita los auxilios sobrenaturales, necesita la gracia; pero Dios la promete y ofrece á todos. « La vida eterna, gracia de Dios, dice S. Pablo; *Gratia Dei, vita eterna; Rom., vi, 23.* » Palabras repetidas por la Iglesia en los

concilios y en las condenaciones de las herejías.

» Pero lo que es tan conforme á la razon y tan positivamente enseñado por la fe, viene también á ser una verdad histórica cuando se estudia con atencion al hombre histórico y real.

» Qué es, pues, el hombre? Una cosa grande, responde un padre *magna res homo*: ser material y espiritual ser del tiempo y de la eternidad, buscando por todas partes la felicidad, no buscándola sin embargo en la tierra, en los momentos de valor y dignidad verdaderos; la reclama, pues, en el cielo. El paciente Job exclamaba en la adversidad: « Sé que mi Redentor vive; en el último dia me levantaré del seno de la tierra.... y en mi carne veré á mi Dios; *scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum... et in carne mea videbo Deum meum Job, xix, 23 y 26.* »

» David y Salomon, tanto en los dias de gloria como en los de adversidad, llamaban encarecidamente el descanso de la patria; S. Pablo en medio de sus triunfos conseguidos por la palabra evangélica, imploraba la hora de su libertad y de su reunion con Jesucristo; *desiderium habens dissolvi et esse cum Christo. Philip., i, 23.*

» San Esteban, el primero de los mártires, veía al morir los cielos abiertos, y al hijo de Dios en pie para recibirle á la derecha de su Padre; *video caelos apertos et Filium hominis stantem á dextris Dei. Act., vii, 55.* Jesucristo al dejar la tierra decía á sus apóstoles: Voy á prepararos vuestro lugar; *vado parare vobis locum. Joan., xiv, 2.*

» Posteriormente se suceden innumerables y fieles generaciones, que inflamó el pensamiento del cielo con el amor de las mas heroicas virtudes y de los mas fervientes deseos de esperar la eterna gloria; el mérito la contaba sobre la hoguera como premio reservado á sus tormentos; las tinieblas secretas de las catacumbas preparaban á los primeros cristianos para conservar el esplendor del último dia; penetrando en ellas, lejos del mundo, las impresiones del amor celestial. Los santos vivieron siempre con esperanzas eternas y decían: « ¡Cuán vil es la tierra cuando se mira el cielo! Los mas sabios, los mas virtuosos, los mas imparciales, los mas instruidos del entre los hombres aspiraron al cielo y á la posesion de Dios. Hecho inmenso, universal, tan antiguo como el mundo, y del que fueron testigos los patriarcas, que solamente hablaban de su peregrinacion, *dies peregrinationis meae*, hecho conservado en las mismas

radiciones de los poetas; hecho que hallamos en todas partes donde hay virtud; hecho que es el fondo mismo de nuestra alma, porque defendemos que nuestra alma recibió con el conocimiento de Dios el deseo y la necesidad de Dios, cuya facultad en nosotros se extiende y eleva por la gracia hasta la vista de lo infinito.

» ¿ Que significa, pues, este hecho que ocupa tan gran lugar en la historia del hombre, sino su destino único y último, divino y sobrenatural, la gloria y la vision de los cielos?»

IV. Economía del orden sobrenatural.

» Un dolor sincero y profundo se reproduce en lo íntimo del alma de todo cristiano, cuando recogido en su pensamiento, considera la posicion que se hacen por sí mismas las nobles inteligencias con respecto al estado sobrenatural y revelado del hombre. Esta clase de espíritu que lamentamos se ha despojado paulatinamente de las inclinaciones de la fe primera, y ha llegado nada menos que á mirar como existente tan solo lo que hierre á los sentidos; ó parece al menos volver á entrar en las apreciaciones naturales y arbitrarias de una *pretendida razon*.

» Frecuentemente se comienza abandonándose á los deseos y gooces de la vida presente; se aceptan ó se siguen los impulsos de la naturaleza; de aquí dimana un naturalismo práctico; no se sabe ya levantar los ojos al cielo; luego viene el naturalismo especulativo, que supone el principio de que nada existe fuera de lo natural y comprendido por el hombre. Con la mayor facilidad, ordinariamente, y con desden se aleja de sí toda creencia en un orden sobrenatural; se rechaza todo pensamiento de una dispensacion y de una bondad divina, que desde el principio destinó al hombre á la participacion sobrehumana de la intencion beatífica, y lo levantó despues de caido.

» Con todo, estudios concienzudos emprendidos en nuestros dias, con el amor de la verdad, y muchas veces sin ningún designio de justificar la fe, nos han mostrado en las tradiciones antiguas de uno y otro emisferio, vestigios evidentes de las creencias primitivas sobre el estado feliz de la inocencia original, y sobre la caída que comenzó la cadena funesta de los males de la humanidad, y también sobre la reparacion que debía seguir.

» Estas investigaciones diversas conseguidas con un valor perseverante, han puesto

en cierto modo al alcance y capacidad de todo el mundo los monumentos religiosos de los antiguos pueblos. Todos pueden leerlos, pues sería fastidioso enumerarlos aquí.

» Es necesario cerrar los ojos a la luz de la razón para negar los caracteres asembrosos de semejanza, ó mas bien, de identidad entre ciertos dogmas católicos y los puntos principales de aquellas tradiciones primitivas y universales de los pueblos; y consiste en que su origen es el mismo.

» Pues, para todo el que piense seriamente, hay en esto un objeto grave de reflexiones.

» Entre los hombres, según todas las leyes morales, y en esta infinita variedad de costumbres, de hábitos, de instituciones, de tiempos, de lugares, de creencias, de religiones y preocupaciones que distinguen á las naciones, solamente hay dos causas posibles de un consentimiento común del género humano: la verdad de los hechos en que conviene, si se trata de hechos; ó la irrefragable existencia de los principios primordiales y de sus consecuencias esenciales, vivas como ellos en la misma naturaleza de la inteligencia humana. Hechos ciertos ó verdades esenciales; hé aquí los únicos principios de la unidad en los juicios comunes de todos los hombres. Es un edificio que no puede tener otra base.

» Siempre que se encuentra la unidad en las tradiciones, en los juicios de toda la humanidad, no puede verse en ellas el fruto del error: el error solamente engendra la variedad. « *Quod est apud omnes unum, deicitur Tertuliano, non est inventum, sed traditum.* »

» ¿Qué pueblos, qué generaciones, en medio de esas fábulas tan diversas que se complacen en creer sin cesar para embellecer la cima de su religión y de su historia no unieron su voz al unánime concierto del género humano para celebrar la inocencia y felicidad de los primeros días del mundo naciente, y la falta del Padre de los hombres, que abrió la carrera á todos los crímenes y dolores? Las tradiciones religiosas de los antiguos pueblos, mejor conocidas en nuestros días, gracias á los infatigables trabajos de la ciencia, han acabado, pues, de disipar todas las dudas. Ya en su tiempo Platon y Diodoro de Sicilia lo atestiguan como reconocido entre los egipcios; Plutarco entre los persas y Estrabon en la India. En cuanto á los griegos y romanos, sus filósofos, sus analistas y sus poetas nos lo han repetido mil veces; y los viajeros mas acreditados de los tiempos modernos han unido á los testimonios an-

tigos las tradiciones de las razas recientemente conocidas.

» ¿Todo esto son símbolos ó mitos? Un símbolo universal expresa necesariamente la verdad. El sacrificio universalmente admitido es de este género, si se considera como un simple signo; porque el sacrificio es también un culto real de dependencia é inmolación completa con respecto á Dios.

» ¿Son ficciones poéticas producidas por el amor á lo maravilloso? Una cosa maravillosa, en todas partes y constantemente la misma, no puede ser mas que verdad.

» Y despues, ¿cómo entró en el dominio de nuestros conocimientos aquella primera idea de un estado sobrenatural? Colocada sobre el hombre que por sí mismo no podia alcanzarla, nos la debió dar Dios, y este origen solamente posible del estado sobrenatural prueba su realidad primitiva.

» Pero, sobre todo, es necesario buscar la verdad en el seno de las mismas tradiciones católicas y bajo la égida tutelar de la Iglesia, en la que se manifiesta con toda su majestad la admirable economía de los designios de Dios sobre el hombre, y se hallan las fases diversas del estado sobrenatural. el dogma preciso sobre la integridad, la caída y reparación, cuyo cuadro fielmente católico vamos á bosquejar.

» *El hombre primitivo.* Por la gracia santificante, dignidad primera sobrenatural de su alma, era el hombre el amigo, el hijo de Dios constituido en la justicia y santidad, como se expresa el concilio de Trento despues de S. Pablo. Para sus obras, sus pensamientos y deseos le estaba preparada la cooperación divina mas suave y poderosa; y el beneficio divino mantenía en todo su ser, privilegio de un recuerdo para siempre sensible, una perfecta sumision de la carne y los sentidos al espíritu, de la razón y del corazón á la gracia. Ni la ignorancia ni la concupiscencia podían jamás alterar este órden interior y admirable. Tal era, en cuanto el alma, según nos lo enseña la revelación, el estado sobrenatural de la justicia original.

» Entonces, pues, la inteligencia, iluminada con luces mas claras y unida íntimamente á la inteligencia divina, era para el hombre la guía segura y la ciencia siempre adquirida. Entonces las pasiones del corazón no le causaban turbacion ni oscuridad. Aquel corazón enteramente recto y puro estaba establecido, fijo en Dios, para complacerse en Dios solo, y amarle también á él solo.

» El hombre, por el glorioso privilegio del

estado de la inocencia, ejercía un supremo dominio, tanto sobre toda la naturaleza, como sobre sí mismo. Dios le constituyó rey del universo; todos los animales obedecían á su voz, y reconocían en él al Señor que los vivificaba á sus pies para imponerles nombres.

» El Criador libertó también al hombre del poder natural de la muerte y de la ley de una disolución para lo futuro, prodigando á la naturaleza las prerrogativas y gracias que no se le debían por ningún título. El cuerpo hubiera estado siempre unido á la vida, á la inmortalidad del alma, si el hombre lo hubiera querido, y su union no hubiese sido causa principal ni ocasional de disgustos ni dolores. Entonces también se desconocían todos nuestros males: ningún trabajo, ninguna enfermedad, ningún temor; comenzaba una vida de paz, de esperanza, de felicidad y de amor, que muy luego debia consumarse en la íntima y eterna participación de la misma bienaventuranza divina.

» Hé aquí, al menos parcialmente, lo que nos enseñan nuestras santas Escrituras y las tradiciones católicas sobre la primera edad del hombre, sobre aquel feliz estado de justicia original en el que Dios lo constituyó al criarlo, y cuyos vestigios incontestables se encuentran entre las religiones antiguas de uno y otro hemisferio.

» *El hombre caído.* ¿Qué degradación sufrió el hombre! ¿Y qué estado tan diferente es el nuestro! Es necesario concebir que toda la esencia de la naturaleza permanecia con sus propiedades constitutivas bajo esta transformación sobrenatural primitiva.

» El destino final, la gracia santificante, la perfecta sumision de los sentidos, en una palabra, todo aquel estado admirable de justicia original, con el don de inmortalidad é impassibilidad, aun para el cuerpo, eran otras tantas riquezas añadidas libremente á la naturaleza humana por la munificencia divina, riquezas que podían por consiguiente ser cercenadas, sin que el hombre natural, aunque castigado y degradado, sufriese disminucion ni alteracion propiamente esencial.

» Esta es, pues, la idea exacta que debe formarse de los efectos de la caída original en el hombre: fué despojado, con arreglo á la sentencia divina, de todos los dones sobrenaturales, privado, por su falta, de la eminencia y felicidad de su dignidad primera, marcado con un signo hereditario de decadimiento. Solamente le quedó la naturaleza, pobre, desnuda, laboriosa, pero íntegra, habiendo perdido propiamente, en sus facultades y en

su constitucion esencial, lo que debe tenerse presente, cuando se quiere racionalmente apreciar el estado del hombre caído por el pecado original.

» ¿Qué diferencia existe, pues, entre el estado de simple naturaleza y el del hombre caído por el pecado original? La misma que distingue al que estaba desnuado del que se le despojó, responde el cardenal Belarmino; y únicamente de la pérdida de los dones sobrenaturales concedidos al padre del género humano, proviene la triste corrupción de nuestra naturaleza: *ex sola domi supernaturalis obdat peccatum omissione profuxit*. Tal es la doctrina de los PP., de la enseñanza de los teólogos, el dogma de la Iglesia universal.

» He aquí, pues, la formidable doctrina sobre los efectos del pecado original; cuando se la ataca, cuando se la maldice con tanta violencia y menosprecio algunos veces, ¿se fistic de ella la idea que se debe? Dios no hizo mas que retirar al hombre los dones que le prodigó al principio, pero que no le debia. El niño que muere privado de la gracia del bautismo no poseerá estos dones jamás; pero el dogma católico enseña que no debe sufrir otra pena eterna que la falta negativa de la vision intuitiva sobrenatural sin sentir dolor. Tal es, en propios términos, la doctrina de Sto. Tomás y de S. Agustín; el dogma queda completo, y con él un gran misterio, lo confieso. Si, nacemos pecadores; si, en nuestro primer padre hemos pecado todos.

» *El hombre reparado.* Al conocimiento de felicidad primitiva y de la decadencia del género humano transmitida de edad en edad por las tradiciones antiguas, añade la fe católica el dogma de la reparación divina del hombre por la sangre de Jesucristo. « Galambos por la desobediencia de uno solo, dice S. Pablo, nos justificamos y salvamos por la obediencia de uno solo. El sacrificio de la cruz, añade el mismo Apóstol, pagó nuestra deuda; y rios de gracia superabundando donde abundó el crimen. » *Rom.*, v. 19, 20. La gracia santificante fué restituida al hombre, y puede, en Jesucristo, anhelar al fin sobrenatural, á la vision intuitiva del Ser divino.

» Le restituyó un trono al rey caído, trono conquistado por la efusión de la sangre divina; pero quedaron enemigos útiles para combatirlos y vencerlos. El hombre reparado poderoso y libre, debe unir sus esfuerzos á los de un jefe generoso, para compartir con él los frutos de la Victoria.

» Dicho aún, si quiere, de sí mismo y del mundo, esclavo, si consiente en serlo, el hijo regenerado de Adán aparece sobre la

tierra, como el guerrero armado completamente para el combate: está seguro de su triunfo, confiando en el que le asiste y fortifica.»

V. Del pecado original en particular.

«Es de fe católica, dice el concilio de Trento, que Adán, por la prevaricación, perdió para sí mismo y para nosotros la sanidad y la justicia que había recibido.

«Es de fe que Adán, manchado con el pecado de su desobediencia, transmitió á todo el género humano, no solamente la muerte y las penas corporales, sino también el mismo pecado que es la muerte, así transmitido.

«Es de fe que este pecado, así transmitido, es propio é inherente á cada hombre, hasta que sea borrado por la aplicación de los méritos de Jesucristo.»

«He aquí el dogma católico; pero el naturalismo pregunta con ironía, ¿cómo puede suceder que un niño nazca culpable? El orador responde:

«Desde que se demostró la certeza del hecho de la revelación, y siempre lo será, ¿qué hay de extraño en que las enseñanzas de la inteligencia divina excedan á las facultades de mi limitado entendimiento? Es necesario humillarse, abrir su corazón y creer. Un hecho, un fenómeno son constantes; el modo, el medio, el cómo, son inciertos y desconocidos; ¿negaréis por esto el hecho? ¿Cómo se transmite la vida, fenómeno el más ordinario y singular? La psicología lo ignora; toda la ciencia está muda; ¿negaréis el hecho mismo? ¿negaréis la transmisión de la vida? Las enfermedades, las propensiones é inclinaciones son incontestablemente hereditarias, pasan de padres á hijos; ¿sabeis cómo? No.

«Cerrar los ojos á la existencia revelada y probada del pecado original, y negarla porque se ignora cómo, por qué se imputa ó transmite, es una grave inconsecuencia, de que se avergonzaría el hombre en cualquiera otra materia. Es de día, cerrais los ojos y decís: No, es de noche. De este modo se toma como punto de comparación lo desconocido, el modo de trasmisión del pecado, y se concluye contra lo que es conocido, contra el hecho del pecado original imputado á todos; sofisma horroroso, pero habitual y aun el único que se puede proponer contra los dogmas revelados. Se raciocina, cuando es necesario creer, y esto es lo mismo que si con vanas teorías se negase el movimiento al hombre que en realidad anda.

«Esta respuesta debe bastar, y lo intimo

de mi propia conciencia no reclama otra. Creo; Dios lo reveló.»

«Pero este misterio no está rodeado de tinieblas tan densas, que la razón humana, apoyada en la fe, no pueda iluminar en algún modo. Entre las explicaciones diversas de los PP. y de los teólogos, la elección es libre, supuesto que se acepta la fe.

«1.º Para explicar la trasmisión del pecado original, algunos recurrieron á la preexistencia de las almas. Criado desde el principio, cada uno de nosotros entró en el pacto que Dios hizo con Adán; cada uno de nosotros fué despojado de la justicia original al mismo tiempo que nuestro primer padre. Esta opinión que parece nacida entre las fábulas de la teología india, fué acogida desde luego por la escuela de Platón, y adoptada posteriormente por Orígenes. Pero ni la creencia general de la Iglesia, ni las leyes de la psicología, ni las doctrinas de la razón parecen favorecer esta explicación, hoy abandonada. Tal hipótesis de la coexistencia de todas las almas de los descendientes de Adán con la de su primer padre, no ha sido condenada por la Iglesia; algunos nombres ilustres la apoyan, lo sé; aunque por mi parte jamás me he resuelto á admitirla.

«2.º Otros abrazaron la idea de una representación moral de todos los hombres en su jefe y padre común. «Tal es la opinión de S. Agustín en sus respuestas á las blasfemias de Pelagio; Adán, dice, era la personificación, ó mejor aun, la persona del género humano, *personam generis humani generis*. Adhuc con S. Pablo: Todos pecaron en él; *in quo omnes peccaverunt*; todos estaban en él; *omnes illi unus fuerunt*.

«También es esta la opinión de Bossuet: «Dios, dice, no nos ve mas que en Adán, en quien todos fuimos criados; aunque Adán obre, obramos con él, porque nos contiene en sí, y no somos en él moralmente mas que una sola y misma persona.»

«3.º Si me preguntáis aun en medio de la libertad de opiniones con respecto á este punto y sin olvidar la fe completa del dogma original, á qué solución me inclinare con preferencia, os lo voy á decir... Tal solución se deriva de la idea de lo sobrenatural fuertemente concebida...

«El privilegio del estado de la inocencia fué sobre todo la justicia original que, por confesión de todos, consistió principalmente en la gracia santificante, que es la dignidad, la vida sobrenatural del alma, criada y elevada al mismo tiempo por el poder divino á una condición muy superior á su naturaleza.

Era un trono, una corona, el reinado en un mundo invisible.

«Aquella vida, aquella dignidad sobrenatural del alma, era en sí un don puramente gratuito y libre del Criador. Aquel estado eminentemente de gracia en manera alguna se debía á la naturaleza humana, ni consultaba su parte integrante; pudo no habérselo concedido, podía por consiguiente rebatársele sin ofender ningún derecho y sin alterar elemento alguno esencial de la naturaleza del hombre.

«Sin embargo, en los designios enteramente misericordiosos del Señor, se hizo aquel don á la naturaleza para permanecer y perseverar en ella, si el padre común, si el primer hombre lo hubiese querido. En los decretos de Dios, que no se arrepiente, el alma humana por todos los siglos no debía ser agradable á los ojos de su autor, poseer su dignidad, su verdadera vida, sino revestida de tan noble adorno, de aquella gracia santificante y sobrenatural, participación comenzada de la vida divina.

«Perdida esta gracia debía esta alma aparecer, debía pasar á un estado de muerte, con respecto á aquella institución divina de la vida sobrenatural.

«Peca Adán; pierde la gracia, pierde la justicia original, y la naturaleza humana se halla en el é, por decirlo así, desuada, despojada del estado, de la vida y de los dones sobrenaturales. Siguiendo la condición producida por la caída, Dios, libre en sus dones, pudo dejar la naturaleza sin los dones gratuitos y sobrenaturales, que no tenía obligación de dar á todos por título de justicia. El hombre nació sin ellos.

«Al nacer poseía la naturaleza perfecta; ¿qué mas podía reclamar?

«Sin embargo, su estado debió llamarse y en efecto fué, un estado de muerte y de pecado, porque ya no tenía la vida sobrenatural de la gracia, que Dios quería y debía primitivamente volver á encontrar en el hombre...

«Pero cómo nacer culpable? ¿Imputárselo una falta que no cometió? El pecado, obra de la voluntad, no pudo ser producido por una voluntad que no existe. Hablar de este modo es confundir por ignorancia ó mala fe el pecado actual y original: el uno es un acto malo, el otro un defecto de origen; este mira á la naturaleza, aquel á la persona; el pecado actual es el movimiento de la voluntad propia, el original es un estado transmitido y recogido en la herencia del primer hombre.

«Un hijo, decís, no puede nacer responsable de la falta de un padre. ¿Estais seguros de esto? En el seno de la humanidad se manifestó un sentimiento universal: la vida de todos los pueblos expresa con los hechos mas significativos la existencia de una ley terrible y misteriosa, de la ley de herencia y de solidaridad para el crimen y el castigo entre los hombres. Preguntad á las naciones mas próximas de las tradiciones primitivas.

«En la China el hijo es castigado por el padre; una familia y también una ciudad entera responden por el crimen de uno solo. En la India deben ser castigados los parientes, el señor y el amigo del culpable. Todo el Oriente juzgaba así. Lo mismo sucede entre las poblaciones salvajes. De aquí tuvieron origen los cánticos lugubres de los poetas, que viendo desoladas á Roma y á Troya por las guerras civiles, las atribuyeron á los perjuros de Laomedonte, y al parricidio de Rómulo, es decir, á los crímenes cometidos por sus antepasados.

«Muere Alejandro en medio de sus victorias y de sus mas felices años; á su muerte suceden sangrientas divisiones; males sin número oprimen á los parientes del conquistador; los historiadores paganos atribuyen sin vacilar todas estas desgracias á la venganza divina que castigaba las impiedades y perjuros del padre de Alejandro en su familia.

«Teseo, en Eurípides, conmovido por el atentado de que cree culpable á su hijo, exclama: «¿Cuál, pues, de nuestros padres es el que cometió un crimen digno de acarrearme tal oprobio?» Omíto á propósito gran número de otros monumentos y me abstengo también de citar los libros del antiguo Testamento muy explícitos sobre esta materia.

«Entre aquellos testimonios y hechos, existe evidentemente una ley está escrita con caracteres de sangre en los anales de todos los pueblos; una ley de herencia del crimen y del castigo. Un sentimiento profundo y universal la proclama. Este grito de los pueblos no puede ser falso ni injusto.

«El cristianismo relevó el misterio y la ley verdadera para todos; para todos satisfizo el gran Reparador; la necesidad de la sangre cesó entonces entre las naciones, y el hijo del culpable pudo vivir salvado.»

«VI. Gracia reparadora. El hombre cayó por su falta, y Dios es libre, soberanamente libre. Dios podía dejar al hombre privado para siempre de todos los dones del estado sobrenatural. ¿Qué motivo, pues, le obligaba á devolver lo que había dado gratuitamente?

» Sin embargo, Dios que es rico en misericordia, dice S. Pablo, se dignó, por lo mucho que nos ama regenerarnos y vivificarnos en Jesucristo, por cuya gracia somos salvados, cuando estamos muertos por nuestros pecados. » *1.ª Eph., cap. 2, 4.*

» El hombre caído no quedaba menos sometido á las exigencias y á la fuerza primitiva de su fin sobrenatural. El alma humana, por la caída, es arrojada del destino final sobrenatural, y sin embargo, colocada ahora, por decirlo así, y vuelta al mismo fin en fuerza de la institución primera del Criador.

» Durante aquel estado de caída, no hay puente alguno para saltar aquellos abismos insondables á toda la naturaleza, ningún canal que conduzca al origen puro de donde manan las aguas vivas que saltan hasta la vida eterna..... En Jesucristo, por él, con él, se abrió para nosotros una reparación maravillosa en su sangre y en su cruz. El es el jefe, nosotros los miembros. De su corazón, como de una fuente abierta é inagotable, corre por la virtud de su pasión, á todos los corazones, á todas las almas, el principio sustancial de vida sobrenatural: la *gracia santificante*.

» La caída es reparada, enmendada, el pecado perdonado, mucho mas y mejor que lo pensó Lutero en su delirio. Para el alma así regenerada hay una efusión maravillosa é inherente de la gracia. Dios vive en el alma, le comunica una parte de su vida, la eleva, la penetra, la habla, la transforma enteramente, le restituye la dignidad del ser sobrenatural y la proporción para la visión de los cielos; la dignidad de su ser, las cualidades de su alma, están en armonía con aquel fin sublime, con la misma intuición de la esencia divina.

» Misterio inefable, lo confieso! Dios, pues, se derrama por el alma, como la sangre, principio de la vida, está en un cuerpo. El alma vive, suspira, padece, suplica, cree, espera, ama en el mismo Dios. Tal es la gracia santificante en su verdad, en su realidad cierta y revelada.

» Encerrado el materialismo en su razón, sin creer las divinas revelaciones, niega la existencia de los nuevos cielos y de la nueva tierra.

» Pretende aniquilar todo un mundo, al mundo regenerado. Quiere volver á todo el mundo á aquella religión natural que no pudo librarlo de la degradación mas vergonzosa, ni separarlo de las mas crueles ignominias. Ve, con no sé qué placer feroz, las

generaciones prontas á recaer en el fatal embrutecimiento de que las arrancó el cristianismo. Adaladores y enemigos encarnizados de la humanidad, esos espíritus temerarios, no temen amontonar sobre ella, no solamente las aguas del diluvio que la inundó, sino tambien las llamas que devorarían la tierra, cuando desapareciese la fe.

» En estos vergonzosos esfuerzos del naturalismo se envuelve un crimen inmenso que las lenguas no han expresado aun. Es mas que el homicidio, mas que el parricidio. No hay salvación mas que en Jesucristo, en su nombre y por su gracia: *nec enim est aliud nomen sub caelo datum hominibus, in quo oportet nos salvos fieri. Act. 4, 12.* Queráis ó no queráis, al despreciarlo, llamáis sobre vosotros la ruina: *Ecce postulus est in ruinam. Luc., II, 24.*

» Cuando Sansón, abrazando las columnas del templo en que se hallaba, las destruyó, al seguro de perecer entre sus ruinas con un gran número, los aplastados eran al menos los enemigos de su patria: vengaba, salvaba á Israel. Pero vosotros, cuando por una inspiración que no es ciertamente ni divina ni humana, rechazáis la piedra angular, cuando sacavais las bases, y quebrantáis todas las columnas del edificio construído por Jesucristo, son vuestros hermanos, vuestros amigos, es la patria la que arruinais con vosotros bajo espantosas ruinas, es el mundo, el mundo entero el que precipitais de nuevo en el abismo de la corrupción del entendimiento y del corazón. En vuestro jueneto delirio queréis al hombre sin Jesucristo. Es el hombre degradado, embrutecido, el hombre idólatra, manchado y sanguinario. ¡Os atreveis, pues, á saludar al porvenir y cantar el progreso!

» Los Padres, y principalmente S. Agustín, defendieron la necesidad absoluta de la gracia para todo bien actual en el orden de la salvación; la Iglesia la defendió con ellos tan enérgicamente contra el naturalismo de Pelagio y contra toda la filosofía de la naturaleza, tomada ó conservada del paganismo.

» Queda en el hombre, aun en el estado de decadencia y sin la gracia, un poder natural que consigue el bien natural y ciertas virtudes morales, separadas alguna vez de toda creencia evangélica y de toda participación de los dones divinos de la reparación. No lo negamos, y solamente el jansenismo lo negó.

» Pero ah! estos bienes, estas virtudes de una alma solamente virtuosa y generosa nos existen cuando los contemplamos. No podemos negarle nuestro aprecio y nuestras lágrimas; sin la fe y sin la gracia son virtudes

des nulas, obras muertas, sin proporción alguna con el fin que es divino y sobrenatural. S. Agustín decía de estas virtudes, de aquellas heroicas acciones de los sabios: *magni passus, sed extra viam*; son grandes pasos, pero fuera de camino.

» En cuanto al bien sobrenatural, la naturaleza y la libertad sin la gracia son radical y absolutamente impotentes; Dios quiere el fin, que restituyó y conquistó para todos; quiere, dispone para todos los medios necesarios y proporcionados, es decir, la gracia: rio sin interrupción, que corre desde lo alto de los cielos, é inunda la tierra de nuestros corazones para fecundarlos y darles los frutos de vida y de salvación.

» El hombre criado, destinado para Dios solo, el hombre reparado por la sangre de la edención, prefiere con mucha frecuencia, como libre que es, la caída perseverante y la cruel privación de los dones divinos; quiere la muerte del alma; la conseguirá, y esta será su herencia.

» Pero esta gracia cómo se concilia con la libertad del hombre? preguntan gran número de creyentes y de incrédulos.

» Sin perecer el soldado en el combate, puede quedar debilitado, acude el socorro y vuelve el valor, y un vigor y vida nuevos se agregan á la débil y lánguida vida. El fogan oculta un fuego que parece apagado y no lo está; instantáneamente una llama activa y brillante se comunica por un principio superior y desconocido, se manifiesta el fuego, calienta, ilumina, consume.

» La teoría dogmática del concurso sobrenatural, que acabamos de enunciar, nada tiene que pueda sorprender á quien sea reflexionador sobre la noción filosófica y necesaria de la conservación providencial y del concurso natural de Dios.

» Dios, en el orden natural, obra en el hombre y este es libre. Estos dogmas filosóficos naturales son los dos extremos ciertos y conocidos de la ciencia, aunque el nudo, el vínculo que los une sea desconocido.

» Con mucha frecuencia se mira tambien con injustas y ciegas prevenciones á la Iglesia católica, á su espíritu, y á su doctrina que se desconoce ó que se ignora. Inconsideradamente se acusa al dogma y á sus defensores como destructores de la razón, de la naturaleza, de la libertad humana.

» *La razón.* La Iglesia le reclama su concurso legítimo, quiere que la razón lo acepte, y no somete al hombre mas que á una fe demostrada, divina por tolo entendimiento reflexivo. La Iglesia arranca de este modo al

hombre y libra su razón de un medio de las mas desoladoras aberraciones.

» *La naturaleza.* El dogma, es verdad, nos la presenta decayida, enferma, despojada; pero al mismo tiempo salvada, reparada, ennoblecida hasta la dignidad sobrenatural de los cielos; y la gracia, ofrecida á todos los hombres, sin suponer, como lo pretendieron el jansenismo y la reforma, destruída ni alterada la naturaleza, la levanta, la purifica, la fortifica para unirla en Dios mismo al centro de toda perfección y de toda felicidad.

» Finalmente, *la libertad.* La Iglesia ha empleado constantemente su autoridad para defenderla, como lo hizo contra Lutero, contra Calvino, contra Bayo y contra todos esos soberbios detractores, cuyas mezquinas teorías querían encadenar al hombre á un implacable fatalismo.

» Cosa estrañamiento deplorable! La Iglesia ilumina y guía; derrama torrentes de luz entre las naciones; y se lo acusa de cegar y embrutecer! Sostiene, consuela, anima al hombre con la esperanza de los destinos mas gloriosos; y se le acusa de abatir y de envilecer! La Iglesia libra al hombre, lo civiliza y lo eleva; y se le acusa de oprimir y esclavizar!

» La Iglesia viene á buscar al hombre en el seno de las enfermedades que le rodean: la Iglesia solamente explica su causa y el remedio, ofrece al hombre el rescate de que tanto necesita, y lo establece en aquella participación divina de la gracia que le asegura la verdadera emancipación. La emancipación de los sentidos y pasiones.

» Al contrario, ¿qué veis fuera de la Iglesia, de su autoridad y doctrinas sublimes y decididas? La razón perdida se extravía, la naturaleza degradada se corrompe, la libertad perece, al menos la libertad del bien y de las virtudes; y al mismo tiempo se desvanece todo principio de orden.

VII. Dispensacion de la gracia.

» ¿Por qué se pregunta, si la gracia reparadora es absolutamente necesaria para la salvación de todos, y siempre, por espacio de tantos siglos se vieron abandonadas innumerables naciones, sin poder socorrerse á sí mismas y sin ninguna participación de los efectos de la redención?

» ¿Por qué el pueblo judío fué elegido el único entre todos para ser mucho tiempo el depositario exclusivo de la fe y de la gracia verdaderas? ¿Por qué Jesucristo, Salvador del mundo, no fué enviado hasta cuatro ó

cinco mil años después de la caída que debía reparar? ¿Por qué inculcables generaciones y la mayor parte del género humano están y estarán un mucho tiempo privadas de las luces del Evangelio? ¿Por qué teniendo Dios en su mano todos los bienes de la gracia y todos los corazones, no son conducidos todos los hombres á la fe? ¿Si el catolicismo es la verdad revelada y escrita, por qué no lo abrazan todos, de manera que es tan pequeño el número de los que creen y se salvan, y tan grande el de los que creen y se condenan?»

«La dispensación desigual de los dones de la gracia no es injusta.

«La primera respuesta á las dificultades que se oponen debe ser la respuesta del Maestro; hállase en el Evangelio.

«Llega la noche: el padre de familias manda venir á los jornaleros y pagarles el salario, principiando por los últimos, que habiendo acudido al trabajo á las once, recibieron el salario del día. Los que comenzaron antes el trabajo, llegando á su vez, pensaban que iban á recibir más, y recibieron en el mismo salario que los demás. Entonces murmurando contra el padre de familia, le decían. Los últimos que han venido no han trabajado más que una hora, y los iguales á nosotros que hemos sufrido el peso del día y del calor. El padre de familia respondiendo á uno de ellos le dice: Amigo mío, amice, no os hago injusticia, ¿no habeis convenido conmigo en que os pagase un denario? Tomad este que es vuestro, y marchad: quiero dar á este que vino el último tanto como á vos. ¿No me es permitido hacer lo que quiero? ¿Y vuestra intención debe ser mala porque yo soy bueno?»

«Todo el misterio consiste en estas divinas palabras. Dios es dueño de sus dones; á nadie niega el precio convenido y merecido; ofrece á todos el trabajo y el socorro; hace de algunos los objetos privilegiados de sus gracias y favores. ¿Dónde está la injusticia? Hacer un don libre no es dejar de pagar una deuda.

«Por otra parte el debate no es aquí, propiamente hablando, entre la fe católica sola y una razón pretendida, la cuestión es mas bien entre el ateísmo y un hecho general palpable.

«En el gobierno del mundo, todo ofrece á nuestra vista un estado de desigualdad asombrosa. O Dios no existe, ó este hecho universal no es injusto. La desigualdad en todo está inseparablemente unida á la condición humana, aquí en la tierra después de la

existencia de Dios, es quizá el hecho mas cierto; entre uno y otro no puede haber un combate de injusticia que aniquile la misma idea de Dios. Este principio basta para responder á muchas cuestiones.

«Segun el dogma, hay, decía, injusticia y crueldad con respecto á aquellos pueblos que os parecen abandonados, con respecto á esas largas generaciones privadas de la fe.

«Yo lo concedo por un momento, Dios para ser justo, debe favorecer igualmente á todos los hombres. Así lo decidís, porque esta igualdad os parece mejor y la única digna de la bondad y justicia divina. Dios estará, pues, obligado á todo lo que os parezca mejor, y es culpable y condenado por el tribunal supremo de vuestra razón.

«Pero cuidado: ¿dónde os detendreis? Dios obligado á lo que es mejor, y aun siguiendo vuestras arbitrarias concepciones, es lo que se llama el optimismo. Dios debió entonces elegir el mejor de los mundos posibles, el orden mejor en todas las cosas.

«Sin embargo, este mundo no podrá ser jamás sino una criatura limitada y finita, es decir, necesariamente imperfecta, necesariamente siempre mas allá de lo finito; lo mejor es posible tambien, posible indefinidamente. He aquí á Dios obligado á subir siempre á vuestra voluntad. Pero cualquiera cosa que haga, si cria algo, cria el ser finito, cria un mundo al que puede siempre añadir lo mejor. Aquí se descubre tambien la Omnipotencia. ¿No queréis un mundo finito, un mundo imperfecto, un mundo mas allá del cual sea posible una condición mejor, condición que Dios, por complaceros, estará siempre obligado á elegir y realizar? De consecuencia en consecuencia, ¿queráis ó no queráis, llegáis á concluir que Dios está obligado, si cria, á criar lo infinito, que indudablemente es lo mejor, es decir, á criarse á sí mismo. Desgraciadamente, tal es lo absurdo é imposible absoluto. Es lástima. O Dios no podría criar del todo: ¿qué seriais entonces? Tal vez Dios. El, pues, discurrir mejor que vosotros.

«El hombre, ese extraño pigmeo, extiende el brazo para medir á su altura al mismo Dios, á lo infinito; le dice: vendrás hasta aquí. Verdaderamente la medida es muy estrecha, y la inteligencia divina no se acomodaría á esto. Esas pretensiones temerarias merecen por respuesta la lección satírica y severa, que en otro tiempo dió un rey popular, Enrique IV: «Tengo todas vuestras concepciones en la mia, decía á su parlamento, y vosotros no tenéis la mia en las vuestras.»

Dios á la cabeza del gobierno del mundo podría muchas veces decirnoslo.

«Cuando Jesucristo decía, hablando de los espíritus rebeldes é incrédulos: «Si no hubieseis venido hacia ellos, su pecado seria menor:»

«Cuando los ministros del Señor están obligados á no iluminar siempre á una alma débil acerca de los deberes que infringiría después de haberlos conocido;

«Cuando es cierto que la ignorancia invencible, la simple infidelidad negativa no son ni un crimen, ni una causa de reprobación;

«Cómo callar, y dejar de adorar, amar y decirse: ¿quizá esas naciones, quizá esas almas hubiesen sido mas culpables aún, si hubiesen sido iluminadas, si hubiesen recibido mas gracias: ¿qué sabemos?

«Lo que hay es injusticia é ingratitud.

«El hombre colocado en el foco cristiano de todos los favores divinos, dijo al autor y consumador del cristianismo: Sois un tirano injusto y cruel; queréis recoger donde no habeis sembrado; pedís cuenta de lo que no habeis dado, y condenáis á los que no quisisteis salvar.»

«La dispensación general de los dones de la gracia es cierta.

«Al meditar sobre los numerosos testimonios revelados, que lo atestiguan así, se desea representar á la divina caridad como dos brazos inmensos rodeando todas las generaciones y todos los siglos, y estrechando á toda la humanidad sobre el seno del padre comun de todos. «Ninguno hay, decía el profeta, que pueda sustraerse al calor benéfico de su amor. Non est qui se abscondat á calore ejus. Ps. xvii, 7.

«Señor, exclamaba el Sabio, tened piedad de todos, porque amais lo que habeis criado, y nada aborrecéis. Sabiduria, xi, 23.

«El hijo del hombre, dice Jesucristo, vino á salvar lo que había perecido... No es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que ninguno de estos pecuélculos perezca? Math., x, xi, 14.

«El gran Apóstol, instruyendo á su discípulo Timoteo, le prescribía orase por todos los hombres, porque Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad. I Tim., § 3. «La revelación tiene una sola voz sobre este punto.

«La tradición católica lo ha repetido unánimemente. Jesucristo murió por todos, Dios quiere la salvación de todos, tal es el grito de los concilios y de los PP. contra los predestinacionistas y fatalistas de todos los siglos.

No puede haber una doctrina mas clara y mas expresa.

«Dios, centro y fin único de nuestras almas, las llama y atrae hacia sí poderosamente. Pero respetando la libertad que les dió, no obra en ellas mas que con una suavidad infinita; se adecua, se acomoda, por decirlo así, con su gracia á la naturaleza. Su acción ínfima y continua no sabría abandonar al hombre, así como ni el fin sobrenatural y último dejar de ser el fin del hombre.

«Y nadie se condenará por haber ignorado lo que no pudo saber; ninguno perecerá por sentencia de Dios, sino el que lo haya querido.

«En el mismo seno de la gentilidad, falta á Dios el poder ó modo de hacer penetrar en esas almas todo lo que la fe nos enseña como necesario, por santos deseos? Supuesto que el deseo basta, entonces ¿por qué tenemos un bautismo de ineseo?

«Entre el impulso violento del vicio y de las pasiones, se ofrece y prepara siempre un poderoso socorro; la oración, apoyo del débil, vehículo de gracias divinas. He aquí, lo mas frecuentemente, todo el fondo del misterio. La oración debe subir á franquear el abismo. No se ha querido recibir ni pedir: ¡Ah! yo me vengaré, dice el Señor.

«Aunque estrujando siempre las cuestiones misteriosas y divinas, se preguntase aún, como Dios, pudiendo conceder á un hombre un auxilio mas fuerte y victorioso, no lo hace por este y sí por otro, no puede responderse mas que Dios es libre en sus dones: que á todos da los medios suficientes y verdaderos, conocidos ó desconocidos, y que el buen uso de estos medios, de acuerdo con la gracia y la libertad humana, hubiera conducido ciertamente al alma á la posesión del triunfo. No debe pasarse de aquí sin recordar las palabras de S. Agustín: *Noli hoc querere, si non sis errare*. Si no quierdes desearriarte, no indagues mas.

«Se pregunta por qué no se convierten el Evangelio y se salvan todos; y se olvida ese combate encarnizado que el hombre en su corazón da sin cesar á Dios mismo. Ciertamente la pregunta presenta la prueba. Inundado el hombre por los esfuerzos de la luz católica para resistir, no son suficientes su furor, sus pasiones, sus vicios, su independencia, y su orgullo rebelado para romper la piedra de la fe; para quebrantar mejor todas las columnas de la esperanza iri hasta las islas mas lejanas, hasta las playas inhospitables, á buscar un punto de apoyo contra Dios. Se apoderará del salvaje, del infiel, del negro desgraciado para arrojarnos en algun